

NUEVOS ESTILOS DE VIDA RELIGIOSA

EDUARDO J. ORTIZ

La vida religiosa ha conocido siempre el fenómeno de las salidas. Lo que ha cambiado con el tiempo ha sido la apreciación de este fenómeno.

No hace todavía muchos años que las salidas se consideraban en su mayor parte defecciones. Abandonar la vida religiosa era una muestra de infidelidad, reflejaba una falta radical de generosidad para continuar el camino comenzado. Sobre las personas que daban este paso se cernía la fulminante amenaza evangélica: "Todo el que pone la mano al arado y mira para atrás no sirve para el Reino de Dios" (Lc. 9.62). Por eso pesaba sobre ellas (y aún pesa en algunas congregaciones) una especie de excomunión implícita: a tales personas no se les habla, no se les escribe, no se les menciona; a lo más se ora por ellas para que Dios tenga misericordia y las perdone.

Hoy el juicio sobre esta realidad ha cambiado. Se han revalorizado cada vez más otros caminos de seguir a Cristo y proclamar el evangelio. Se reconoce también la posibilidad y aun la necesidad de repensar, y si es preciso corregir, las decisiones tomadas en un determinado período de la vida que, por circunstancias que en un principio fue imposible prever, ahora sería desastroso continuar hasta el final. En fin; con no poca frecuencia se percibe que la "culpa" de muchas salidas no la tuvieron quienes se fueron, sino los que se quedaron; estructuras anticuadas, superiores intransigentes, situaciones insostenibles. Y así nos llegamos a encontrar con gente que se sale porque en su congregación no se vive ni se testimonia suficientemente el evangelio y que, como protesta, comienza al salir una vida más exigente que la que llevaba anteriormente. La mayoría de estas experiencias han fracasado por falta de apoyo; pero ahí quedó el gesto de rebeldía como una dramática llamada de atención. (Ver un tratamiento más completo del problema en F. MORACHO: *¿Por qué se abandona hoy la vida religiosa?* SIC no. 385 pp. 222-225).

Sin embargo, últimamente se ha dado un nuevo fenómeno. Grupos de gente que no sólo dicen abandonar la vida religiosa en nombre del evangelio, sino que mantienen el grupo, la vivencia y la dedicación completa al trabajo apostólico después de su decisión durante varios años. Nos encontramos ante el hecho de las salidas "en grupos". En Venezuela hay varios de orígenes distintos. Todos de con-

gregaciones femeninas. A la autoridad esta corriente le resulta embarazosa y desconcertante porque no sabe cómo frenarla, ni cómo ubicarla, ni cómo asimilarla. Por eso opta por guardar silencio, o aun colaborar más o menos solapadamente en su disolución. La gente común que ha oído alguna vez hablar del caso se mantiene, por lo mismo, en total ignorancia sobre la evolución de estos grupos.

Este artículo intenta analizar este fenómeno. Y lo hace no para satisfacer una determinada curiosidad, sino para plantear con ello algunas preguntas a los que quedamos dentro. Porque es bien posible que estos tímidos intentos de renovación de la vida religiosa desde fuera nos ofrezcan algunos elementos de reflexión a todos los demás.

Antes de entrar en el análisis pongamos por delante sus limitaciones. En primer lugar éste hablará sólo de la situación actual, sin entrar para nada en el proceso por el que se ha podido llegar a ella. Además las reflexiones siguientes son fruto

de una experiencia personal prolongada y sólo de ella; no se han dado a leer previamente a ninguna persona directamente implicada ni pretenden reflejar su opinión. Finalmente, y por lo mismo, son limitadas: primero porque se basan en los casos vividos que no son todos los existentes; y segundo porque resaltan únicamente los elementos que se juzgan más significativos y estimulantes.

Soy consciente de tocar un tema tabú que molestará a no pocos. Algunos hasta pensarán que es de mal gusto hablar en público sobre determinados problemas familiares. Pero el caso tiene un valor de paradigma que supera los límites de las familias religiosas afectadas. Y no hay que olvidar tampoco que la teología es una reflexión comprometida sobre nuestro presente y futuro tanto o más que sobre nuestro pasado.

Indicaremos primero algunas características de la vida de estos grupos, para señalar más tarde las tendencias que asoman en sus esfuerzos por recomponer su convivencia religiosa.

CARACTERISTICAS:

1) Según el derecho canónico (c. 488) estas personas no son "religiosas" porque sus nuevos votos no han sido reconocidos ni aceptados oficialmente por la Iglesia. Sin embargo ellas se siguen considerando religiosas, y las personas entre las que viven las llaman "hermanitas". ¿Quién tiene razón? Desde luego, nadie dudará que es más importante vivir una



entrega absoluta al evangelio que ser encuadrado jurídicamente en un "estado de perfección". Ante Dios y ante los hombres valen más los hechos que los reconocimientos oficiales. Una denominación canónica es siempre extrínseca y no puede pretender ni ser absoluta ni poseer la exclusividad del manejo de ciertos nombres. Parece así mismo fuera de discusión que tales grupos cumplen teológicamente con los requisitos más esenciales de la vida religiosa.

Por otra parte, esta falta de reconocimiento oficial les proporciona a estas personas una gran libertad para adaptar, experimentar y cambiar sin necesidad de pedir permiso a nadie. Es precisamente ésta una de sus propiedades más interesantes.

2) Como política eclesial, estos grupos han sido abandonados a sus propias fuerzas. Su fracaso proporcionaría un argumento apropiado para quienes desde un principio los contradicen, y su perseverancia es un aguijón incómodo que desasosiega. Cuando no se trabaja directamente por desacreditar a las personas comprometidas (son desobedientes, inadaptadas, orgullosas; no eran capaces de seguir dentro por falta de mortificación y ahora pretenden hacerse las mártires) se aparenta desconocer su existencia. Esto las convierte, a su pesar, en grupos casi clandestinos. Si mañana se disolvieran, los anuarios eclesiásticos no tendrían que cambiar un solo número. . . y más de un alto cargo respiraría profundamente por haberse desvanecido un quebradero de cabeza.

3) Un rasgo general, que echa por tierra muchos de los argumentos de los contrarios, es que la inserción de estos grupos en los ambientes populares es más radical que la global de los troncos de los que se desgajaron. Más aún; parece que este asunto jugó un papel importante en los inicios del conflicto que terminó con la separación.

Su estilo de vida es, indiscutiblemente, pobre. Viven en casas populares o en ranchos; en zonas rurales o en barrios marginados de las grandes ciudades. A menudo carecen de habitaciones individuales, de una sala común de estudio o de descanso, de un espacio vital confortable. Viven de sus sueldos de maestras, profesoras o enfermeras, y a veces mantienen también con ellos a auxiliares que no reciben subvención oficial. Tienen una sola casa, por lo que no pueden escaparse los fines de semana o en las vacaciones a otros lugares y ambientes, igualmente suyos, donde descarguen la tensión.

Se podrá decir que eso no tiene nada de extraordinario o heroico porque más de la mitad de los venezolanos vive así. Y es verdad. Pero es igualmente cierto que las congregaciones religiosas no vivimos



así. Aun los más encarnados saben que en cualquier emergencia tienen detrás una institución poderosa, que los rescatará en un instante hacia las facilidades y ventajas de la "sociedad-bien".

4) Esto nos lleva a considerar una nueva característica. Aunque el aceptar la vida religiosa no deje de suponer un riesgo, podemos decir que para nosotros se trata de un riesgo calculado. Bien que mal nuestro futuro está suficientemente asegurado. Sabemos ya lo que nos espera si logramos vivir unos cuantos años: vejez en una enfermería bien equipada, muerte honorable, entierro concurrido, quizás. . . hasta un recuadrado caballeroso en "La Religión".

En cambio los otros grupos han dado un salto en el vacío apurando el riesgo hasta el extremo. Ni siquiera quienes más les estiman pueden asegurarles un futuro viable. No existen ejemplos previos a los que seguir o por los que orientarse. La capacidad de estos grupos para prolongarse con nuevas adhesiones es muy discutible. No es nada tranquilizante mirar hacia adelante. Pero uno piensa que así tuvo que ser la experiencia de las vocaciones más fecundas: "Por la fe, Abraham, llamado por Dios, obedeció la orden de salir para un país que se le daría como herencia, y partió sin saber a dónde iba" (Heb. 11.8).

5) Por éste y otros motivos, un elemento común en estos grupos suele ser el de una experiencia consoladora de libertad evangélica. En actitudes que van desde el humor hasta la queja se rememora el pasado como enmarcado por una trama artificial de regulaciones entorpecedoras e inútiles en las que no se quiere volver a

caer. Aun los mejores recuerdos de esa época no impiden el que ésta se considere dejada atrás definitivamente. Por eso, una vez pasados los primeros años, parece que la opción tomada es absolutamente irreversible. En algunos casos refuerza esta decisión el mantenimiento de actitudes hostigadoras y polémicas por la otra parte. Pero aun cuando no ocurra esto, es difícil prever que se pueda llegar, respecto al antiguo tronco, a algo más que a una amistad especial mantenida sobre bases nuevas. Inconscientemente se teme que la vuelta desencadenaría más tarde o más temprano represalias refinadas (separación, relegamiento), o que sería interpretada como un "arrepentimiento" que no existe, pues no se tiene conciencia de haber obrado mal. Sobre todo, ellas no quieren renunciar a esta capacidad de ser ellas mismas y elegir sus caminos que acaban de gustar. Porque esta sensación oxigenante de libertad aparece en el evangelio como uno de los elementos característicos de la conversión que provocó Jesús con su venida.

TENDENCIAS

Es difícil distinguir con exactitud las características del grupo, de sus tendencias. Se intenta ahora, sin embargo, insistir en las matizaciones que va tomando su nueva concepción de la vida religiosa, que sin ir mucho más lejos de lo que han aprendido y recibido corrige a veces, por necesidades prácticas, los modelos anteriores.

1) El tipo de autoridad es democrático. Nadie decide por los demás. Es el grupo quien toma las opciones. Cuando tienen casas en varios lugares el movimiento de personal se sugiere pero nunca se impone. Cada una elige dónde quiere vivir y cómo quiere trabajar, pues normalmente se rinde más cuando se está más centrada. Si llevan una obra común (escuela, colegio) hay una directora del plantel, pero ésta actúa meramente como representante jurídica ante el Estado o la entidad correspondiente. La orientación del trabajo se discute también en equipo.

Pocos parecen caer en la cuenta de hasta qué punto nuestros estilos tradicionales de autoridad eclesial y religiosa proceden de haber copiado el régimen de autoridad civil de una época, y no el evangelio. Nuestro estilo centralizado y absoluto de gobernar es un paralelo, al menos en la forma aunque no siempre en el espíritu, de los regímenes imperiales y monárquicos. El problema está en que la sociedad hace mucho que ha cambiado, mientras nosotros seguimos en muchos aspectos casi igual. Más aún; a menudo damos la impresión de querer eternizar modelos caducos de gobierno, remontándolos a supuestos derechos divinos indefendibles. Los resultados, por lo general, suelen ser

desastrosos, ya que la autoridad cae en descrédito, y se esterilizan posibilidades quizás irrepitibles de adaptación y progreso. Un detalle trivial pero significativo lo tenemos en el recrudescimiento periódico de campañas desde Roma para decirnos a todos cómo tenemos que vestir.

2) Aunque ninguna de las personas pertenecientes a los grupos de los que hablamos ha puesto límite a la duración de su experiencia, y es de suponer que piensan permanecer en ella hasta el final, sin embargo nadie confirma tampoco esa decisión con una promesa o voto de permanencia perpetua. En algunos casos hacen una promesa pública por uno o varios años ante un grupo de conocidos y amigos. En otros casos se prescinde también de esto.

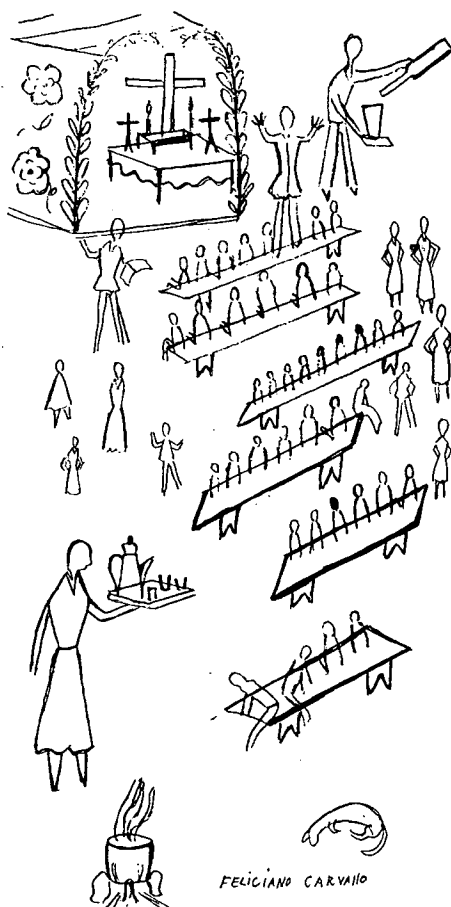
De la misma manera, a las personas que muestran cierto interés por compartir su experiencia no les presentan ninguna condición de permanencia, ni les exigen una promesa de fidelidad. La puerta está siempre abierta. La convivencia puede comenzar y puede acabar cuando cada persona lo decida. Se supone que el nuevo miembro comparte las cargas comunes de la casa y posee cualidades para ese tipo de vida en común. Lo demás irá viniendo, sin que nadie sepa hasta ahora exactamente cuándo ni cómo.

3) Hay un deseo febril de formación, especialmente teológica. Ellas han dado un paso audaz por una intuición de ciertas tendencias evangélicas que son incapaces de explicitar pero que sienten como verdaderas. Ahora quieren reconocer el evangelio, releerlo de nuevo desde su experiencia actual.

A la vez, algunas sienten que en el pasado el evangelio ha sido manipulado en su contra. Quienes "sabían" les han presentado unos fantasmas que las mantuvieron sumisas, utilizando para eso frases sacadas de contexto- "El que los escucha a ustedes (los apóstoles), a mí me escucha; el que los rechaza, a mí me rechaza" (Lc.10.16)... Hasta existe en algunas ocasiones la sospecha de que se les ha mantenido en determinadas ignorancias para poder manejarlas mejor.

Por eso ahora buscan con intensidad cursos, asesorías, lecturas, como si quisieran recobrar el tiempo perdido. Al tener que crear su propio futuro sin que se lo den hecho, la exigencia de formación y reflexión es aún mayor.

4) Las circunstancias les han obligado a reinterpretar radicalmente las manifestaciones de su vivencia de unión con Dios. En los ranchos no hay capilla. En pleno barrio no es fácil encontrar todos los días un lugar y tiempo de aislamiento y silencio para hacer oración. Ni van allá los padres todos los días para decir la Misa. Sin embargo, la experiencia de oración



no es por eso menos intensa. Aunque la práctica no es uniforme, y las modalidades son numerosas, sus dos puntales son la paraliturgia periódica y, donde es posible, la Misa en grupo.

Por la noche o a otra hora del día, se tiene un rato de reflexión en común: una lectura larga, un intercambio de experiencias y opiniones, una oración. Donde las circunstancias lo permiten se concluye con la comunión recibida por ellas mismas.

CONCLUSION

El experimento no carece de peligros, y algunas de sus características lo hacen totalmente pasajero. No se puede esperar, por ejemplo, que la renovación de la vida religiosa venga en último término de personas salidas de otras congregaciones. Si no se quiere caer en sectarismos habrá que buscar también por otra parte modelos con un cierto reconocimiento oficial que ofrezca a las nuevas tendencias canales más universales de aceptación y crecimiento.

Pero casi todas estas limitaciones no han sido elegidas por los grupos de los que hablamos sino que les han sido impuestas desde fuera. Ellas serán dolorosamente conscientes de que a nivel de política eclesiástica se las considera perdedoras, y no podrán olvidar que su pasado las marca negativamente. Han tenido que comenzar a rehacerse tarde, con pocos medios, y con la tarea de borrar ciertas heridas. Es también posible, por lo mismo, que algunas de sus decisiones aparezcan teñidas de polémica. Pero han mostrado que saben y pueden seguir adelante.

Tampoco es fácil predecir con certeza qué pasará con la experiencia dentro de unos años. Pero si fracasara todos habríamos perdido. Aun así, habrá supuesto en determinada época de nuestra iglesia una denuncia contra las situaciones que la crearon, un ejemplo admirable de constancia en circunstancias adversas, y un estímulo a renovar las estructuras de nuestra entrega para que ni esto ni nada semejante tenga nunca

De vez en cuando esta experiencia se intensifica con la celebración comunitaria de la Eucaristía, adaptada en cada caso por el sacerdote y todos los presentes.

No es extraño que en estas adaptaciones no se conceda la última palabra a una normativa canónica que las ha rechazado previamente, y se ha mostrado incapaz de captar su situación.

5) Por fin mencionemos como tendencia explicable una defensa tenaz de su independencia, y una cierta desconfianza, más o menos acentuada, a la representación oficial de la autoridad eclesiástica. Observan que hasta personas que, al margen de su cargo, podrían mostrarse comprensivas con gran parte de su experiencia, cuando se ven urgidas a tomar postura optan por la fidelidad a los de su rango. Interrogar a un superior en público sobre este tema es colocarlo arteramente entre la espada y la pared. Son significativas a este respecto las declaraciones sonsacadas al P. Arrupe en la charla que dio en Agosto a religiosos y religiosas en el Colegio de María Auxiliadora de Altamira.

Esa desconfianza de que hablamos se extiende a veces, aunque en menor grado, a todo elemento masculino con cierta representación eclesial. Sienten, no sin fundamento, que incluso quienes les quisieron ayudar las han empleado en ocasiones como conejillos de experiencias, o las han pretendido utilizar para reforzar determinadas posiciones o tendencias intraeclesiales. Pero ellas no han dejado una dependencia para caer en otra. Por eso carecen de capellanes, asesores o cargos que puedan dar derecho a una cierta tutela paternal sobre sus movimientos. No rechazan ayudas y aun las piden, pero en último término son ellas, y sólo ellas las que escogen y deciden.